

## LIBRO PRIMERO

### LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### MISIÓN DE LOS BÁRBAROS. — EL RÉGIMEN PROVIDENCIAL Y LA LIBERTAD HUMANA

Alarico marchaba sobre Roma. Un ermitaño detiene al conquistador, le exhorta á que perdone la ciudad y le advierte que la devastación y la carnicería le serían funestos. "No voy á Roma por mi propio impulso, dice Alarico; hay alguien que me empuja continuamente á ello y que me apremia para que saquee á la ciudad."

Los Vándalos, llevando la mortandad y la devastación al África, creían también obrar, no por voluntad propia, sino por el impulso irresistible de una orden divina, y se creían los instrumentos de la voluntad de Dios. Dispuesto á darse á la vela el barco que llevaba á Genserico, ¿adónde iba? Pues no lo sabía. "Señor, le preguntó el piloto, ¿á qué pueblos quieres hacer la guerra? Á aquellos, respondió el Vándalo, contra los cuales está irritado Dios."

Atila mismo puso entre sus títulos el de *azote de Dios*, que le daba el mundo espantado, y decía: "La estrella cae, la tierra tiembla, yo soy el martillo del universo."

La filosofía de la historia acepta el clamor instintivo de los Bárbaros. Si, la invasión de los pue-

blos del Norte es un hecho providencial. Esa intervención de la Providencia en la dirección de los destinos humanos tiene algo de consolador para las almas en quienes entristece el espectáculo del mundo actual. El imperio romano presentaba todos los signos de la decrepitud; la sociedad, en plena descomposición, iba á disolverse. Dios envía entonces á los Bárbaros, devuelve la vida á la humanidad agonizante y la abre un nuevo y brillante porvenir. Pero si la invasión de los Bárbaros es un hecho necesario, fatal... ¿qué es entonces la libertad humana? Estudiemos el problema de la libertad del hombre y de la acción divina; no le hay más importante en la historia, y toca de muy cerca al porvenir de la sociedad moderna.

Los antiguos no veían en la grandeza y la decadencia de los imperios más que la obra de la fatalidad. Sus dioses mismos estaban sometidos al destino inexorable: ¿cómo habian de reconocer la libertad en el desarrollo de las sociedades humanas? El cristianismo introdujo la Providencia en la historia. Pero el dogma de la intervención de Dios en la vida de los pueblos no resuelve todavía el

terrible problema que la antigüedad había declarado insoluble, atribuyéndolo todo á una ley ciega. Si Dios dirige el curso de las cosas humanas, ¿qué vienen á ser la libertad y la responsabilidad moral? ¿No es entonces la acción divina la que determina los acontecimientos con una fuerza irresistible? Y si todo lo que sucede es necesario, inevitable... ¿cuál será la misión de los hombres?

Las naciones están regidas por las mismas leyes que los individuos; el problema agitado por la filosofía de la historia, respecto á la conciliación del gobierno providencial con la libre actividad de los pueblos, no es más que un corolario del problema teológico de la libertad y de la gracia. El hombre es libre; pero ¿no existe ningún vínculo entre él y su Creador? ¿Cuál es la naturaleza de ese vínculo? La acción incesante de Dios sobre el hombre, que se llama la gracia, ¿no destruye la libertad? Estas cuestiones transcendentales ocuparon la vida entera de uno de los grandes pensadores del cristianismo. En otra parte hemos expuesto la doctrina de San Agustín (1), el cual reconoce la libertad, pero la absorbe en la acción divina. La Iglesia no ha pronunciado su fallo en cuanto á la conciliación de la libertad y de la gracia; pero la tendencia de sus dogmas es la de disminuir la acción del hombre para hacer predominante la acción de Dios. Asimismo la filosofía de la historia, inspirada en el punto de vista cristiano, anula la acción de los pueblos ante la omnipotencia de la intervención divina. La libertad humana no desempeña ningún papel en la *Historia universal*, de Bossuet, ni más ni menos que en el sistema de San Agustín. Oigamos las magníficas palabras del último Padre de la Iglesia (2): "Dios tiene desde lo más alto de los cielos las riendas de todos los reinos, y en su mano todos los corazones: contiene unas veces las pasiones, otras veces afloja la brida, y por este medio remueve á todo el género humano. ¿Quiere hacer conquistadores? El espanto marcha delante de ellos. Y cuando ha llegado el tiempo fatal que desde la eternidad tiene señalado á la duración de los imperios, ó los destruye por la fuerza, ó bien introduce en sus consejos un espíritu de vértigo... Y aun cuando los consejos sean moderados y vigorosos,

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la Historia universal* y el *Sermón sobre los deberes de los reyes* predicado en presencia de Luis XIV.

Dios los convierte en humo por un procedimiento secreto y superior... Por esto es por lo que todos los que gobiernan se sienten sujetos á una fuerza mayor: hacen mas ó menos de lo que piensan, y sus consejos no dejan nunca de producir efectos imprevistos... No hay poder humano que no sirva, á su pesar, á designios ajenos á los suyos."

Bossuet describe admirablemente el papel de la Providencia en la historia; pero á fuerza de exaltar el poder de Dios, olvida el del hombre; por mejor decir, no lo olvida, quiere humillarlo, anularlo: Dios lo hace todo, el hombre no es nunca más que un instrumento de sus impenetrables designios. ¿Cómo ese espíritu penetrante ha podido desconocer hasta tal punto uno de los elementos esenciales de la naturaleza humana, la libertad? La misión del hombre, como la de las naciones, es la de hacer progresar á la humanidad; y la libertad es la primera condición para el desarrollo de las facultades humanas. Es indispensable que los individuos y los pueblos tengan conciencia de que ninguna necesidad fatal los domina, de que ellos hacen su suerte, de que depende de ellos el mejorarla y el marchar progresivamente hacia el término de sus destinos.

¿Es esto decir que la libertad de las naciones sea absoluta? Por el hecho mismo de su nacimiento, el hombre está sometido al imperio de circunstancias exteriores que limitan su libertad, por lo mismo que determinan más ó menos sus sentimientos y sus ideas; y lo que es cierto en los individuos, lo es también en los pueblos. Montesquieu primero, y después Herder, han puesto en evidencia el influjo del clima y de todas las causas físicas en el carácter, en el gobierno, en la religión de los pueblos, en la civilización, en una palabra. Según el filósofo alemán, el papel del hombre y el de las naciones está escrito en su organización y en la del mundo exterior: "Nosotros somos necesariamente, dice él, lo que podemos ser relativamente á los tiempos, á los lugares y á las circunstancias en que vivimos," (1). La influencia de la naturaleza sobre el hombre y sobre las naciones es incontestable; pero los sistemas históricos contruidos exclusivamente sobre este hecho han sido, con razón, acusados de fatalismo: si la naturaleza manda á los individuos y á los pueblos, si determina la

(1) HERDER, *Idea sobre la Filosofía de la Historia*, XII, 6.

marcha que habrán de seguir á través de los siglos, no hay ya libertad.

Nosotros creemos que el hombre conserva su libertad en frente de la naturaleza, y que lo que parece más fatal en su existencia, las circunstancias en las cuales le ha colocado Dios á su nacimiento, es todavía un resultado de su libertad; porque las condiciones de la entrada del hombre en el mundo, el influjo ejercido sobre él por el medio en que vive, son una consecuencia del uso que él ha hecho de su libertad en una vida anterior. Su libre desarrollo podrá ser entrabado por aquellas causas; pero su porvenir depende de él, y él es el obrero de su propia suerte. En ese rudo trabajo, los individuos y los pueblos son auxiliados por la Providencia. Porque el hombre, no solamente está en relación con Dios en el momento de la creación, no deja de estarlo en toda la infinita duración de su existencia. La acción incesante de Dios sobre el hombre constituye la gracia; la acción incesante de Dios sobre la humanidad, el gobierno providencial. Nunca ha faltado al hombre, aun cuando fue culpable, la protección divina. Y también los pueblos están bajo la mano de Dios; la humanidad perecería si estuviera un instante separada de su Creador. La intervención de la Providencia en los individuos se produce en la intimidad de la conciencia; en los pueblos, se revela en la historia. Pero donde la acción divina se muestra al intento de salvar y regenerar el mundo, es principalmente en las revoluciones que cambian los destinos del género humano. Tal fué la invasión de los Bárbaros.

Las desdichas y los horrores que ocasionó desesperaron á los cristianos; fueron aquéllos tan grandes, que éstos negaron la Providencia. En su tratado *Del Gobierno de Dios*, se encargó Salviano de demostrarles que aquellos padecimientos y desgracias eran el castigo de su corrupción. Salviano vió en los Bárbaros los instrumentos de la justicia divina, y tuvo el presentimiento de su misión regeneradora (1). Se necesitaba una fe profunda en la Providencia para creer en el porvenir de la cristiandad en medio de los horribles trastornos que acompañaron la muerte del mundo antiguo. Á la posteridad la es más fácil ver y alabar la gracia

de Dios, porque vive de esta vida nueva que los Bárbaros han dado al género humano.

Desde el punto de vista cristiano, la invasión es un castigo y un medio de propagar el cristianismo. "Mirad, dice Fenelón (1), aquellos pueblos bárbaros que hicieron caer el imperio romano. Dios los había multiplicado y tenido en reserva bajo un cielo helado, para castigar á la Roma pagana; soltóles la brida, y el mundo se vió inundado. Pero, al destruir aquel imperio, esos pueblos se someten al del Salvador. Ministros de venganza y objetos de misericordia á un mismo tiempo, van llevados como por la mano, y sin saberlo, delante del Evangelio; y de ellos se puede decir literalmente que han encontrado lo que no buscaban." La acción regeneradora ejercida por los Bárbaros se oculta en la sombra á los escritores cristianos y aparece mucho más clara á los historiadores y á los filósofos. "El mundo estaba harto corrompido, dice Chateaubriand, demasiado lleno de vicios, de crueldades y de injusticias, para que pudiese ser completamente regenerado por el cristianismo. Una religión nueva tenía necesidad de pueblos nuevos... Dios, tomando sus acuerdos, los ejecuta," (2).

La invasión de los Bárbaros era providencial. Pero ¿es eso decir que la libertad humana no desempeñe papel alguno en ese gran acontecimiento? La gracia deja subsistir la libertad con todas sus consecuencias, y asimismo el gobierno providencial no estorba que los pueblos obren libremente ni que sufran la responsabilidad de sus acciones. Cuando no hubiera medio alguno de explicar la coexistencia de la libertad y de la gracia, todavía sería preciso admitir aquellos hechos, porque se desprenden de la naturaleza misma del hombre y de sus relaciones con el Creador. En otra parte hemos tratado de conciliar la gracia con la libertad (3). La conciliación del régimen providencial con el libre desenvolvimiento de los pueblos descansa en los mismos principios. El hombre no puede hacer nada sino con el concurso de su Creador; Dios le inspira el querer y el poder, pero él queda libre de resistir á la inspiración divina, y puede hacer el mal.

(1) FENELÓN, *Sermón para el día de Reyes* (t. II, p. 368, edición Didot).

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios his óricos* — Véase á LEROUX, *Enciclop. Nuev.*, palabra *Igualdad*.

(3) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(1) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

Todo mal lleva consigo una pena; y la pena limita y altera más ó menos la libertad, siendo al mismo tiempo una gracia, en el sentido de que contribuye á rehabilitar al culpable. Mientras que el hombre expia su culpa no es libre, porque no depende de él el no sufrir la pena que ha merecido; pero al expiarla, adquiere la conciencia de su libertad, porque su castigo mismo es una consecuencia del mal uso que ha hecho de ella, y, por consiguiente, depende siempre de él el volver á entrar en la vida de salud, á la cual Dios le llama por la gracia.

Consideremos los acontecimientos históricos bajo este punto de vista. En la invasión de los Bárbaros se muestra la mano de Dios con una evidencia tal, que sería preciso ser ciego para negarla. El mundo romano se hubiera aniquilado sin los Bárbaros; son éstos los que le han regenerado. ¿Quién se atrevería á decir que esa inmensa revolución fué producto de la libertad? ¿Por ventura, los conquistadores de la Europa llenaron el papel de una Providencia? ¿Salieron ellos de sus desiertos y de sus bosques para salvar al género humano? ¿Quién los ha conducido sino es Dios? Pero se dirá: si han sido enviados por la Providencia para destruir y regenerar... ¿dónde queda la libertad y dónde está la responsabilidad? Las revoluciones más inevitables no destruyen la libertad humana. Sirviendo de instrumentos á la justicia y á la gracia de Dios, los Bárbaros son responsables de sus acciones, según el grado de desarrollo intelectual y moral á que habían llegado. La muerte, la esclavitud, la devastación eran una necesidad providencial para los Romanos; pero esa misma necesidad era un resultado de su libertad, era un acto de justicia y de expiación. Insistamos sobre este aspecto de la revolución que inauguró la edad moderna, porque encierra una gran enseñanza, y la lección se dirige á nosotros, hombres del siglo XIX.

Una deplorable tendencia domina hoy los entendimientos. Se acusa á los historiadores de ser fatalistas; verdaderamente el fatalismo no está en unos cuantos hombres, está en la sociedad entera: es este el carácter distintivo de las épocas de revolución. Cuando los Bárbaros invadieron el imperio romano, los vencidos negaron la Providencia; nosotros no la negamos, pero no la reconocemos más que de nombre, por decirlo así. Admitimos la libertad en los individuos, y relegamos la gracia allá entre las sutilezas teológicas. En los grandes acontecimientos que se realizan ante nuestra vista, nos

plegamos á la autoridad divina aparentemente; pero lo que hacemos, en realidad, es transformar nuestra inercia en una especie de destino. El origen de este fatalismo social se remonta á la gran revolución que á últimos del siglo pasado ha removido el mundo entero. Se comienza por justificar los crímenes que manchan á los hombres del Terror; pero si los crímenes cometidos en nombre de la libertad son legítimos, los que inspire la religión deben ser santos; y después de haber enaltecido á Marat, se llega á santificar la inquisición. Todo se convierte en necesario y todo viene á ser legítimo. Pero entonces, ¿qué vienen á ser las sociedades? Desde el momento que aprenden á plegarse bajo la fuerza brutal, los atentados más inauditos se legitiman por el éxito, y entonces ya no hay derecho, ya no hay responsabilidad, la que reina es la fatalidad. Al extremo de esa pendiente funesta por la cual se precipitan los entendimientos, se encuentran la decadencia, la ruina y la muerte.

La filosofía de la historia, lejos de ser una enseñanza de fatalismo, debe reanimar la actividad y la energía de las naciones, mostrándolas adónde conducen la inercia, el rebajamiento y la preocupación de los intereses y de los goces del momento. Más de una vez se han hecho notar las semejanzas que existen entre nuestra época y la sociedad romana del imperio: ausencia de una religión que posea y dirija las almas; y, por consiguiente, disolución de los lazos sociales: el individuo no ve más que á él mismo, su felicidad, y esa felicidad consiste en la satisfacción de los apetitos materiales. La sociedad romana se dejó llevar sin resistencia por la corriente de esas innobles tendencias; olvidó la vida en medio de los placeres, y para entregarse á ellos sin descanso y muy tranquilamente, se desnudó de sus derechos y los enajenó en beneficio de los Césares. Verdad es que el imperio no se vió turbado por las agitaciones de la libertad; verdad es que reinaron la paz, la tranquilidad. ¡Paz vergonzosa! ¡Tranquilidad más mortífera que las guerras civiles! Por no haber procurado más que los goces en el reposo del despotismo, los pueblos se envilecieron hasta tal punto y hasta tal punto se corrompieron, que no conservaron ningún elemento de vida. No quedó más que un medio de salvar la humanidad: Dios envió á los Bárbaros.

¿El siglo XIX reconocerá su imagen en el estado social del imperio? Hay una diferencia, sin embargo, diferencia que aumenta nuestra responsabilidad, pero que también puede salvarnos. Las naciones antiguas estaban en la infancia, ignoraban su misión y su porvenir, no veían la decadencia y la muerte que las amenazaban; y en ese concepto, su responsabilidad era menor. En el día, los pueblos son soberanos, lo que equivale á decir que han alcanzado ese grado de civilización en que, teniendo conciencia de sí mismos, pueden dirigir

sus destinos. Conocen el fin hacia el cual marcha la humanidad, la perfectibilidad moral del hombre. El progreso material no es más que un medio; ¡ay de nosotros si lo tomamos por fin! Si olvidando la libertad, si olvidando á Dios, la sociedad se entrega toda entera á los intereses materiales, el egoísmo y la corrupción que la roen no tendrá remedio. La humanidad no perecerá, pero las naciones que se hayan puesto fuera de las vías de la Providencia sucumbirán.